



A K A L / B Á S I C A D E B O L S I L L O

MAX WEBER

SOCIOLOGÍA
DE LA RELIGIÓN

EDICIÓN
ENRIQUE GAVILÁN



AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO

MAX WEBER

SOCIOLOGÍA
DE LA RELIGIÓN

EDICIÓN
ENRIQUE GAVILÁN

Akal / Básica de Bolsillo / 222

Max Weber

Sociología de la religión

Traducción y edición de: Enrique Gavilán



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

La obra de Max Weber (1864-1920) se sitúa en la encrucijada decisiva de la que parte la ciencia social del siglo XX. El sociólogo centró sus investigaciones en el estudio de la religión. Le movían dos tipos de razones: la primera, establecer la influencia recíproca de la religión sobre la sociedad, y de ésta sobre la religión, y establecer las raíces de la peculiaridad occidental. La segunda, analizar el proceso de desarrollo de la racionalidad occidental, cuyas raíces Weber no situaba en la Ilustración, sino en situaciones anteriores, que ciertamente no se reducían a la religión, pero en cuyo surgimiento ésta había desempeñado un papel decisivo. La muerte impidió a Weber culminar su proyecto, y una buena parte de su obra quedó en forma de esbozo, publicado por su viuda.

La presente edición sigue los criterios editoriales propuestos por el profesor Wolfgang Schluchter. Se trata de la edición conjunta de «Sociología de la religión» y los capítulos teóricos de los «Ensayos sobre sociología de la religión», lo que permitirá apreciar mejor el sentido del proyecto de Weber.

Maqueta de portada
Sergio Ramírez

Diseño de cubierta
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Primera edición, Ediciones Istmo, S. A., 1997

© Segunda edición, Ediciones Akal, S. A., 2012

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4988-3

INTRODUCCIÓN

Racionalidad y religión. El legado de Max Weber

Entre las razones que justifican la presente edición no está la novedad en sentido estricto. Ciertamente presenta nuevas traducciones, pero de textos que habían aparecido ya en castellano. El propósito fundamental de esta edición es otro. Se trata de iluminar un ángulo clave de la obra del último Weber agrupando dos conjuntos de textos -la *Sociología de la religión* y algunos ensayos de la *Ética económica de las religiones universales*- habitualmente publicados por separado y entendidos como partes de proyectos diferentes. La *Sociología de la religión* es un escrito mal conocido pero clave dentro del legado weberiano. Su relevancia tiende a quedar oscurecida dentro del descomunal conjunto de *Economía y sociedad*, una obra cuyos perfiles editoriales resultan hoy, cuando menos, discutibles. Para comprender el interés de aquel fragmento es conveniente relacionarlo menos con los escritos incluidos en *Economía y sociedad* que con los ensayos contemporáneos de la *Ética económica*.

Como consecuencia de la temprana muerte de Max Weber, en 1920, sus obras finales, de las que proceden todos los escritos aquí agrupados, quedaron truncadas. En los primeros años veinte la viuda editó lo mejor que supo los torsos conservados. El trabajo de Marianne Weber en la divulgación de la obra de su marido resulta de todo punto admirable. Intentó reconstruir el imposible rompecabezas del gigantesco conjunto de manuscritos con la mejor voluntad, pero en algunos casos -tal como la investigación posterior ha puesto de relieve- sin acierto. Esas ediciones de los años veinte sirvieron también de base para las traducciones españolas, que hasta ahora se han limitado a seguir el criterio editorial de Marianne Weber.

Desde entonces el estudio de la obra de Max Weber ha clarificado mejor el sentido de esas obras, mostrando la posibilidad de una ordenación diferente, tal como la que sigue la edición en curso de la obra completa[1].

En las páginas siguientes pasaré revista a algunos rasgos del trabajo intelectual de Weber, analizando las circunstancias en que surgieron los textos de la última etapa de su vida. La importancia y la apertura de las cuestiones han dado origen a inacabables polémicas y a una bibliografía gigantesca. Resulta imposible resumir aquí todos sus aspectos. En este prólogo me limitaré a algunas cuestiones que afectan más directamente a la interpretación de los trabajos de sociología de la religión.

El género de la obra de Weber

Suele considerarse a Weber como uno de los padres fundadores de la sociología, lo que lleva consigo la ubicación de su obra en el ámbito de esa disciplina. Sin embargo, si se considera la cuestión con más atención, las cosas no son tan sencillas. En su etapa como profesor universitario, Weber no ocupó una cátedra de sociología (por entonces todavía no existían; las primeras cátedras de sociología en Alemania sólo se crean en 1919)[2], sino de *Nationalökonomie*, disciplina intraducible, cuya ambigüedad -entre la economía política «normal», la historia y las «ciencias morales»- refleja en parte la complejidad de la posición de Weber. Sin embargo, el nombramiento de profesor de esa disciplina no culminaba una carrera previa dedicada a la economía; por el contrario, Weber se había orientado al estudio del derecho, y sus investigaciones se habían movido fundamentalmente en el terreno de la historia del derecho. Con todo, a partir de la toma de posesión de la cátedra de Friburgo (1894), sus estudios se desarrollarán dentro del ámbito de la

Nationalökonomie. Ocurre que las dimensiones de ese ámbito eran por entonces muy vastas; abarcaban terrenos que más adelante ocuparían, aparte de la propia economía política, la filosofía moral, la sociología, las ciencias políticas, la antropología, la historia social, la epistemología, etcétera.

El gran debate que atormentó la vida intelectual alemana a fines de siglo, la célebre *Methodenstreit*, giraba en buena medida en torno a los límites de esa disciplina. En ese debate, Menger defendía una concepción de la economía más limitada, más parecida a lo que había sido la economía política clásica o a lo que iba a ser la economía neoclásica, un punto de vista que no consiguió imponerse en Alemania. Por el contrario, se mantuvo el concepto de la disciplina sostenido por Schmoller -y apoyado por el propio Weber- de la *Nationalökonomie*, que la mantenía dentro de la órbita del historicismo, con un singular planteamiento político de reformismo social apoyado en la confianza en la bondad del estado prusiano y en la capacidad de los economistas para inspirar la política social adecuada, el «socialismo de cátedra»[3].

No resulta fácil traducir la posición académica de Weber a los términos actuales, porque los límites de las disciplinas han variado profundamente (piénsese que, por ejemplo, los historiadores alemanes de comienzos de siglo -y Alemania era el punto de referencia universal de la disciplina por aquel entonces- consideraban herejía -y herejía más en sentido literal que metafórico, como podría testimoniar Karl Lamprecht- cualquier planteamiento que pretendiera desplazar el objeto de la historia fuera de los límites de la historia política).

Si prescindimos del aspecto académico y nos atenemos al significado de la obra de Weber no se simplifica el problema. La ausencia de una presentación sistemática y de un esquema de tipo evolucionista -que derivan del planteamiento epistemológico-, su carácter fragmentario

potenciado por tratarse de una obra truncada por la muerte y editada póstumamente con criterios no siempre acertados[4], favorecen la diversidad de interpretaciones, no sólo sobre el significado que quepa atribuirle -volveré más adelante sobre esta cuestión, pero puede indicarse ya aquí que todavía se discute cuál es *el tema* de la obra de Weber-, sino también respecto al ámbito científico en que debería ubicarse. Ha podido ser situada en campos que van desde la sociología histórica *avant la lettre*[5], hasta la filosofía de la historia[6]. Se ha visto en ella un antecedente de algunas propuestas del funcionalismo parsoniano, se ha intentado alejarla de cualquier parentesco con las ciencias sociales de nuestro siglo, buscando encuadrarla más en la tradición de la filosofía política y moral que se remonta a Aristóteles (Hennis)[7]. Se la ha situado incluso en el campo del ensayismo en una línea similar a la obra de su amigo Georg Simmel (Käsler)[8], etcétera.

Ahora bien, el hecho de que la obra de Weber sea susceptible de ubicaciones tan diversas es al mismo tiempo un síntoma de su riqueza, una riqueza que puede aprovecharse además desde diversas disciplinas. Los historiadores, por ejemplo, pueden aprovecharla mucho más de lo que lo han hecho. Hay un doble vínculo que une a Weber a la historiografía. Por una parte, el vínculo con la tradición clásica del historicismo alemán, de cuya matriz procede intelectualmente Weber[9]; por otra, la circunstancia de que en su obra se encuentren muchos elementos que anticipan las principales corrientes historiográficas de nuestro siglo.

Desde el punto de vista del conjunto de las ciencias sociales, dos tipos de razones hacen especialmente importante la obra de Weber hoy en día: por un lado, su vínculo con Marx; por otro, su vínculo con Nietzsche. La relación con Marx es importante, tanto desde el campo de la sociología como desde el propio marxismo. Como destaca Bryan S. Turner, aunque la sociología haya experimentado

todo tipo de cambios a lo largo del siglo XX, una dimensión permanente ha sido su relación problemática con el legado de Marx, y en particular, desde la publicación de *La ética protestante*, la relación de conflicto abierto y nunca resuelto del todo entre la economía política de Marx y la sociología interpretativa de Weber[10]. Para el marxismo, el desafío de la obra de Weber ha resultado decisivo. La confrontación con ella ha sido especialmente rica para las formas menos ortodoxas, como la escuela de Frankfurt y el denominado marxismo occidental. Si el conjunto de la obra de Weber puede entenderse como un diálogo constante con la figura de Marx, puede decirse que el *marxismo occidental* mantiene un permanente diálogo con la obra de Weber; en cierta medida representa un intento de síntesis de ambos legados, cuyas dificultades son tan evidentes como su riqueza potencial[11].

Otra de las raíces de la obra de Weber, la que nace en la filosofía de Nietzsche, la convierte en una referencia de extraordinario interés en el horizonte intelectual de un final de siglo dominado por el posestructuralismo y la deconstrucción, cuando la crisis de las ciencias sociales y la historia vuelve a plantear las mismas cuestiones que le dieron origen.

Etapas de una trayectoria intelectual

La obra de Max Weber (1864-1920) puede dividirse en tres periodos. El primero lleva desde los inicios de sus investigaciones hasta su abandono de la universidad como consecuencia de una depresión, que al coincidir con el final de siglo, acentúa todavía más el carácter emblemático de la figura de Weber. En esa primera etapa su trabajo experimenta continuos cambios de orientación. Weber escribe sobre cuestiones tan diferentes como las sociedades comerciales en la Edad Media, el mundo

agrario romano, las condiciones de los trabajadores agrícolas contemporáneos, etcétera.

A partir de 1904 se inicia una segunda etapa en la que el trabajo de Weber sigue dos líneas; la primera está consagrada a problemas epistemológicos de fundamentación, apoyado en la obra de su amigo Heinrich Rickert. La segunda se orienta al estudio de las relaciones entre ética religiosa y actividad económica. Esta última se inicia con la publicación del que se convertiría en el más célebre de los estudios de Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*[\[12\]](#), y se prolonga en la descomunal polémica que la siguió.

A partir de 1910 hay un nuevo giro en la obra de Weber que abre la tercera y última etapa de su trabajo. Ésta coincide con la segunda década de nuestro siglo. En ella, sin abandonar la problemática de la segunda etapa, se amplía decisivamente el cuestionario. Ya no se plantea como un estudio exclusivo de la relación entre economía y religión, sino que el estudio se extenderá a otros ámbitos, hasta convertirse en una sociología general de la cultura. También el ámbito de estudio se extenderá prodigiosamente. El trabajo gira sobre el eje de la contraposición Oriente-Occidente. Ese contraste se analiza ante todo en el terreno de la religión. En este periodo se escriben todos los textos incluidos en la presente edición. Para entender las características de los trabajos de esta última fase, es preciso partir del estudio que inició el análisis de Weber de las influencias recíprocas entre ideas religiosas y comportamiento económico.

El estudio sobre el protestantismo

La ética protestante y el espíritu del capitalismo es sin ninguna duda la obra más conocida de Weber dentro y fuera de Alemania. Pero además de su relativa popularidad

ocupa una posición clave en la trayectoria intelectual de su autor. Es seguramente también la obra sobre la que pesan los principales malentendidos en torno a Weber. Volveré sobre esta última cuestión; antes se hace necesario explicar brevemente su génesis y contenido.

Weber comienza a salir de la depresión en los primeros años de nuestro siglo. Le aterra la vuelta a la universidad. La obligación de dar clase o de realizar trabajos a plazo fijo son para él ideas obsesivas insoportables. Para exorcizarlas decide renunciar definitivamente a su tarea académica, convirtiéndose en simple profesor honorario de la universidad de Heidelberg. Al mismo tiempo reanuda su actividad científica, ahora al margen de la universidad. A partir del año 1903 su interés se orienta a la fundamentación epistemológica del trabajo científico. La obra de su amigo Heinrich Rickert es el punto de partida que le permite desarrollar sus propias fórmulas. Sus reflexiones cristalizan en una serie de artículos capitales publicados a lo largo de la primera década del siglo[13]. Estos trabajos constituyen al mismo tiempo la base teórica de los estudios que se suceden a un ritmo constante a partir de entonces.

En las mismas fechas -1904-, Weber pasa a formar parte del consejo de redacción del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, junto con Edgar Jaffé y Werner Sombart. El *Archiv* era una antigua revista que emprende ahora un nuevo rumbo. El nuevo programa se expone en un célebre artículo redactado por Weber. Ese artículo programático, «Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischier Erkenntnis», es la piedra angular de las conclusiones teóricas del propio Weber.

En ese mismo año, Weber realiza un largo viaje a los Estados Unidos. El motivo es una invitación de un antiguo colega a participar en un congreso científico que se celebra en relación con la Exposición Universal de Saint Louis. Weber y su esposa recorren el país entre los meses de

agosto y diciembre. El impacto de esa visita es extraordinario[14]. Weber tiene ante sus ojos el fruto más acabado del capitalismo, la cristalización completa de las tendencias que ha visto apuntar en Alemania. Se siente también fascinado por las peculiaridades de las sectas protestantes americanas y su extraordinaria influencia en la sociedad y en la vida económica[15]. Estas impresiones están indudablemente en el origen de la fuerza de *La ética protestante*, que aparecerá el año siguiente.

Sin embargo, no puede decirse que esta obra fuese algo completamente nuevo. En los escritos anteriores a la depresión, Weber se había ocupado de cuestiones en las que había abordado el tema del impacto del capitalismo (el estudio sobre el Este)[16], o los requisitos jurídico-institucionales para el desarrollo del comercio (el estudio sobre las sociedades comerciales en la Edad Media)[17], o alguna de sus instituciones clave (la bolsa), etc.[18]. Otra incitación a ese trabajo provino de *Der moderne Kapitalismus*, un libro publicado poco antes por uno de sus compañeros en la redacción del *Archiv*, Werner Sombart. En esa obra se observaban ya las relaciones entre el capitalismo y algunas sectas calvinistas, aunque el autor se limitaba a afirmar que «era un hecho demasiado conocido para exigir explicación»[19]. Tampoco el trabajo de Sombart había nacido en un vacío. Desde hacía tiempo se discutía en Alemania sobre las relaciones entre el mundo de las ideas y los hechos económicos, en polémica abierta o latente con el materialismo histórico[20].

El contenido básico de la obra es bastante conocido, aunque eso no signifique que se haya comprendido siempre bien. Como se ha señalado, los malentendidos han proliferado desde el mismo momento de su publicación. En la imponente polémica que siguió, Weber hubo de dedicarse fundamentalmente a intentar aclarar algunos de esos malentendidos. *La ética protestante* trata de mostrar las consecuencias económicas imprevistas de algunos

principios teológicos de lo que Weber denomina *protestantismo ascético*, que incluye a diversas sectas protestantes, en su mayor parte, aunque no todas, vinculadas al calvinismo -puritanos, metodistas, baptistas, etcétera.

El dios del protestantismo ascético es un ser inconmensurable con el mundo; sus designios tienen un carácter absoluto e incomprensible. El creyente no dispone de medio alguno -de carácter mágico, sacerdotal, o derivado de su propio comportamiento, como sus buenas acciones- que le permita alterar la voluntad de dios en un sentido favorable. El creyente está solo frente a dios, sin mediadores, sin una Iglesia que le procure un destino más favorable; su suerte en el más allá está decidida desde la eternidad y él no puede alterarla. Esa situación provoca en el creyente una infinita ansiedad sobre su destino. Estos principios teológicos tendrán como consecuencia un modo de vida característico, que -ésta es la tesis central de *la ética protestante*- presenta una gran *afinidad (Wahlverwandtschaft)* con el capitalismo. El creyente busca desesperadamente un signo de predestinación favorable e intenta encontrarlo entregándose al trabajo en la *vocación (Beruf) en el mundo*. De esta forma, el trabajo en el mundo deja de ser algo indiferente (como en el judaísmo) o nocivo (como en el budismo) desde el punto de vista religioso. El signo de *acreditación (Bewährung)* como un *elegido* se convierte en el objetivo que orienta de forma sistemática toda la vida del creyente. Ésta deja de ser un conjunto de acciones valorables individualmente, sobre las que se puede establecer un balance, favorable o desfavorable, según que predominen las buenas o las malas acciones. La vida del creyente se convierte en un todo unificado desde el interior -una personalidad- que expresa la elección del destinado a la salvación. Al no existir la penitencia (como en el catolicismo), una mala acción no puede ser

compensada. Puede representar por ello un síntoma insuperable de falta de acreditación de quien la realiza.

La consecuencia más probable del modo frenético de abordar el trabajo en el mundo que deriva de ese modo de vida es el éxito en los negocios. Además, como consecuencia de la devaluación que esa misma teología opera respecto a los bienes mundanos, el empresario que se acredita así en el trabajo, en la vocación no puede gozar de los frutos obtenidos, sino que ha de llevar una existencia frugal. A diferencia de lo que ocurría en formas de capitalismo no asociadas al modo de vida derivado del protestantismo ascético, donde los beneficios acumulados tendían a ser despilfarrados en formas de consumo ostentoso, la sobriedad y frugalidad del modo de vida resultante de la ética del protestantismo ascético favorecen aún más la acumulación de capital, acentuando su afinidad con el capitalismo.

La ética protestante tuvo -y en alguna medida sigue teniendo- un impacto extraordinario. Inmediatamente después de su publicación se desarrolla una polémica que ocupó la primera década del siglo en Alemania y que tuvo más adelante inacabables ecos en el ámbito internacional. La polémica alemana está recogida parcialmente en el segundo volumen de la edición de Winckelmann de *La ética protestante*[21]. Desde un comienzo, se interpretó este estudio, y en buena parte se ha seguido interpretando, como un alegato en favor de una interpretación idealista de la historia y como refutación del materialismo histórico. Esa interpretación tiene una cierta base. En una carta a Rickert, Weber le anuncia un «ensayo de historia de la cultura [...] una especie de construcción “espiritualista” de la economía moderna»[22]. Esa interpretación de Weber se vio reforzada por su recepción en el mundo anglosajón, en particular americano, a través de Talcott Parsons, que tradujo en 1930 *La ética protestante* al inglés, favoreciendo a partir de ese momento una lectura que situaba a Weber

como una figura clave en la creación de la sociología, y máximo representante de un enfoque idealista y voluntarista[23]. Weber se convirtió en el «Marx burgués», para utilizar la afortunada expresión de Karl Löwith[24], en el gran clásico del estudio de la sociedad, que se esgrimía como legitimador del capitalismo, frente al socialismo, en especial después de la Segunda Guerra Mundial.

Conviene precisar los límites de una lectura antimaterialista de *La ética protestante*, y más en general de las relaciones entre religión e intereses materiales en el conjunto de la obra de Weber[25]. El planteamiento weberiano es antimaterialista en la medida en que trata de mostrar los *límites* de la interpretación materialista en el análisis de procesos históricos, pero no en el sentido que trate de sustituir una interpretación unilateralmente materialista por otra simétricamente inversa, unilateralmente espiritualista. Weber reconocía «que el análisis de fenómenos sociales y de hechos culturales desde el punto de vista específico de su condicionamiento económico y de su alcance económico fue un principio científico de fertilidad creadora, y utilizado con prudencia y sin parcialidad dogmática, cabe pensar que debe continuar siéndolo»[26]. Sin embargo, las ideas no son sólo función de los intereses materiales, sino que su evolución sigue también las leyes de su propia lógica (su *Eigengesetzlichkeit*, otro concepto capital de Weber). Por ello las ideas no sólo sufren el condicionamiento de los intereses materiales, sino que pueden ejercer, y en determinadas circunstancias han ejercido, una influencia decisiva sobre el curso de aquéllos. Años después, Weber resumirá su punto de vista sobre las relaciones entre ideas e intereses en la metáfora del guardagujas, «Intereses (materiales e ideales), no ideas, dominan directamente la acción de los hombres. Sin embargo, las “imágenes del mundo”, que son producidas por “ideas”, con muchísima

frecuencia han definido, como guardagujas, las vías en las que empujaba a la acción la dinámica de los intereses»[27].

En *La ética protestante* Weber trata solamente una de las vertientes del problema: la forma en que las ideas religiosas pueden influir sobre el desarrollo económico, a través de la manera en que condicionan el modo de vida de los individuos. Sin embargo, es plenamente consciente de la existencia de una relación causal inversa. Ocurría que justamente la vertiente del problema analizada en *La ética protestante* era la que menos se había considerado hasta ese momento, por las grandes dificultades que presentaba su tratamiento. Años más tarde, Weber consideraría la otra vertiente -la influencia de los intereses materiales sobre las ideas religiosas- en la *Sociología de la religión* y en *La ética económica de las religiones universales*, textos que forman la presente edición. Lo importante para Weber es la afirmación de que no existe una *única* dirección de la causalidad, y que de acuerdo con sus principios metodológicos todo depende del interés del investigador en analizar una u otra vertiente del problema en un momento determinado (un interés que no está motivado de forma puramente arbitraria, sino que se articula con los intereses de la cultura del investigador, de su época, de su gremio, etc.). Por tanto, «no hay ya una *última* instancia»[28], sea ésta el modo de producción, el estado de desarrollo del espíritu universal, u otra. Al final de *La ética protestante* se afirma que la interpretación materialista y la interpretación espiritualista de la historia son ambas *posibles*. *La ética protestante* es unilateral, sólo da una imagen parcial de la «realidad histórica concreta». No hay sólo razones pragmáticas relativas a la investigación para que esto sea así. Esa unilateralidad está determinada también por cuestiones de principio. Según Weber, el conocimiento histórico es siempre conocimiento desde «puntos de vista particulares y unilaterales», con cuya ayuda, «expresa o tácitamente, consciente o inconscientemente», se

seleccionan los fenómenos sociales como objeto de investigación, se analizan y se fragmentan para su explicación[29]. Esta unilateralidad marcha en paralelo con su irrealidad. La imagen parcial que dibuja *La ética protestante* no surgió de una *reproducción*, sino de una *construcción* de aspectos concretos de la «realidad histórica concreta». Ambas, unilateralidad e irrealidad, son características del conocimiento histórico, y ningún progreso del conocimiento puede eliminarlas. Las reflexiones metodológicas de Weber sobre una ciencia de la cultura como ciencia histórico-social pueden entenderse como elaboración de esta idea.

Otra grave y frecuente incompreensión -mucho menos justificable que la anterior, porque Weber reiteradamente rechaza en su obra ese tipo de interpretación- es entender que para Weber la ética protestante *sería la causa última* de la aparición del capitalismo en Occidente. El *capitalismo* sería en esa errónea lectura de Weber la consecuencia del *espíritu capitalista*, y éste sería un producto del calvinismo. Esta interpretación pasa por alto que el propósito del libro no es establecer el origen del capitalismo, sino analizar un factor importante en la génesis del racionalismo occidental, cuyo papel es decisivo en el desarrollo del capitalismo. En todo momento, Weber es consciente, y así lo manifiesta, de que fueron necesarios además otros factores de carácter económico, jurídico y político para que surgiera el capitalismo occidental moderno. La intención de Weber no es en absoluto sostener la tesis de que la ética del protestantismo ascético por sí sola produzca el capitalismo, sino que el pleno desarrollo del capitalismo se ve favorecido por un modo de vida caracterizado por la entrega sin restricciones al trabajo en el negocio, y la frugalidad en el gasto, cuando además esto se realiza con la mejor conciencia posible, como una vocación, y que ese modo de vida es una consecuencia imprevista de

determinados postulados teológicos del protestantismo ascético.

Un fenómeno de la importancia cultural de la ética económica capitalista no puede atribuirse a un solo factor, es consecuencia de una pluralidad de factores; no puede concebirse como consecuencia de un desarrollo unidimensional y rectilíneo. Las múltiples «líneas» de ese desarrollo no discurren ni paralelas ni «rectas». Más bien obedecen al principio de desfase y al de la paradoja del efecto frente a lo que se quiere, que suelen existir entre intención y consecuencia[30].

De la ética protestante a las religiones universales

Entre 1905 (año de la publicación de *La ética protestante*) y 1910 (año del «Antikritisches Schlußwort zum "Geist des Kapitalismus"»), el estudio que cierra la polémica desencadenada por aquella obra), Weber tendrá que intervenir una y otra vez en ese debate. Aunque intenta cerrarlo definitivamente con el artículo de 1910, todavía en el último año de su vida publicará una nueva versión de la obra fetiche.

En la segunda década del siglo vuelve con nuevos bríos a las relaciones entre ideas religiosas e intereses materiales, pero situándolas ahora en un marco diferente, mucho más amplio que el de *La ética protestante*, y dentro de un planteamiento que, aunque continuador de esa obra, es mucho más ambicioso. Los primeros trabajos de ese nuevo enfoque -lo que Schluchter denomina «programa desarrollado»- no aparecen a la luz pública hasta 1915, pero Weber venía elaborándolos desde años atrás, y, según su propio testimonio, los había discutido ya con algunos amigos (entre los que se contaba Georg Lukács)[31].

Entre los estudios relacionados con *La ética protestante* y los dedicados a *Las religiones universales* se produjeron

algunos acontecimientos en la trayectoria personal e intelectual de Max Weber que ayudan a explicar las metamorfosis del estudio sobre las religiones.

Cuando Weber escribió *La ética protestante*, no había desarrollado todavía su teoría de la dominación, ni su sociología del derecho o su estudio sobre la ciudad. Estos trabajos fueron realizados en los primeros años de la segunda década de nuestro siglo y tuvieron una influencia decisiva en el nuevo enfoque. Ya en 1909 había aparecido el estudio sobre *Las relaciones agrarias en la Antigüedad*, que pudo constituir un importante eslabón intermedio[32]. El conjunto de los estudios de sociología del poder, del derecho y la ciudad facilitarían una perspectiva más amplia sobre los fenómenos religiosos. En la última fase de su actividad científica, Weber no sólo abordará la religión desde la vertiente que había dejado intacta en *La ética protestante* –el modo en que las formas religiosas se ven condicionadas por los intereses materiales–, sino que incluirá todo esto en un cuadro mucho más amplio que abarca también las relaciones con el poder político, así como el papel decisivo de las ciudades.

Otras circunstancias personales favorecieron la nueva perspectiva. A raíz de la Revolución rusa de 1905, Weber se siente cada vez más atraído por el mundo eslavo. Le interesa sobre todo el elemento místico que percibe en las grandes novelas rusas, que él atribuye a ciertas peculiaridades del cristianismo del este. Su admiración por los grandes novelistas rusos viene de lejos, pero a la fascinación estética se une cada vez más el interés científico por las raíces de la diversidad entre el racionalismo occidental y el misticismo ruso. Su interés llega a tal punto que hacia 1912 acaricia la posibilidad de escribir un libro sobre Tolstoi[33]. Ese interés se pone de manifiesto por ejemplo en su intervención en la primera reunión de la *Soziologische Gesellschaft* en 1910, en relación con la ponencia de Ernst Troeltsch sobre «El

derecho natural estoico-cristiano»[\[34\]](#). Allí apuntan algunos de los rasgos de la nueva perspectiva comparativa sobre la religión que cristalizará en los trabajos de los años siguientes. Por otra parte, la intervención de Weber ofrece una indicación del modo en que empieza a relacionar la singularidad de la racionalidad occidental con las manifestaciones artísticas y no sólo, como había hecho en *La ética protestante*, con los comportamientos económicos. En este caso, el contrapunto de Occidente es solamente el mundo del cristianismo oriental; a Weber le interesa poner de relieve cómo en algunas manifestaciones artísticas –en este caso, la novela– se expresa una diversidad cultural esencial.

Mientras la Iglesia calvinista está penetrada por las sectas, la Iglesia griega está penetrada en buena medida por un antiguo misticismo muy peculiar. En la Iglesia ortodoxa pervive una creencia específicamente mística, inextricablemente vinculada al este, de que el amor fraternal, el amor al prójimo, esas singulares relaciones humanas, tan pálidas para nosotros, glorificadas por las grandes religiones de salvación, constituyen una vía [...] hacia la percepción del sentido del mundo, a una relación mística con Dios. [...] Si ustedes quieren comprender la literatura rusa, lo más grande de ella, tienen que tener siempre presente que ése es uno de sus pilares...[\[35\]](#).

La nueva apreciación del arte está asociada a episodios personales en los que no podemos detenernos aquí. Entre ellos, tienen especial relevancia las relaciones con el George-Kreis, el grupo de intelectuales que giraba en la órbita de Stefan George, uno de cuyos centros se encontraba en Heidelberg. En aquel grupo la poesía aparecía como la instancia redentora de la degradante prosa del mundo. Otro factor que debió de empujar en la misma dirección son sus intensos contactos intelectuales con algunos de los jóvenes que frecuentan su casa, en especial Georg Lukács, que contribuyen decisivamente a animar el interés de Weber por los problemas del arte y la cultura. Por los mismos años se inicia el vínculo

sentimental con la pianista Mina Tobler[36], que tuvo un efecto decisivo en la orientación del trabajo científico de Weber. A través de esa experiencia se abría una nueva perspectiva sobre el debate de comienzos de siglo en torno a las ideas de libertad sexual que venían de Viena, un debate por el que Weber había manifestado ya antes un extraordinario interés, aunque hasta la aparición de Mina la actitud de Weber había sido más bien hostil. La esfera artística y la esfera erótica aparecen entonces como dos modos de volver a dotar de significado a un mundo desencantado, dos ámbitos de redención no religiosa, un tema que sería explorado en la *Sociología de la religión* y en la *Zwischenbetrachtung*. Por otra parte, la relación con Mina Tobler debió de contribuir a dirigir la atención de Weber hacia la música. Desde su juventud había sido un buen aficionado, pero en estos años la música pasó a ocupar una posición esencial en su universo intelectual, hasta el punto de que en la última década de su vida su trabajo intelectual se reparte entre tres proyectos absorbentes, todos ellos inacabados: *Economía y sociedad*, *La ética económica de las religiones universales* y la *Sociología de la música*. ¿Cuál es la razón de que la música y las otras manifestaciones artísticas ocupen su horizonte intelectual de forma tan central, y no sólo sus preocupaciones vitales, estéticas, etc.? La causa es un descubrimiento de esos años, que altera decisivamente la perspectiva de *La ética protestante*. Reducido a una fórmula sintética, el descubrimiento consiste en que «no sólo la economía, sino el conjunto de la cultura occidental moderna está penetrado de un racionalismo específico»[37]. En la época de *La ética protestante* la afinidad entre racionalismo económico capitalista y racionalismo científico era algo claro para Weber. La base técnica del racionalismo económico moderno hacía imprescindible la aportación científica. Weber había tratado de mostrar la afinidad de ambos elementos con el

racionalismo religioso del protestantismo ascético. Sin embargo, en la época en que redactaba aquella obra, no sospechaba que pudiera descubrirse ese mismo tipo de racionalismo en otros ámbitos. Éste fue el descubrimiento de aquellos años decisivos. Tal como expondrá de forma paradigmática en la *Vorbemerkung*, la evolución de la cultura occidental no sólo había producido el capitalismo y la ciencia moderna, como formas de racionalismo con una relevancia universal, sino también formas equivalentes en el ámbito de la política, la administración, el derecho, la música, la arquitectura, la pintura, etcétera.

Ese descubrimiento es la base del programa de investigación «desarrollado» que preside el trabajo científico de Weber en la segunda década del siglo XX. En suma, explicar la peculiaridad del racionalismo occidental. No se trata, como creen algunos intérpretes de la obra weberiana, de una ruptura con las tesis de *La ética protestante*, sino de una ampliación del marco del estudio realizado en esa obra. Allí se había tratado un aspecto de la configuración del racionalismo occidental, estableciendo las relaciones de afinidad de una economía racionalizada – el capitalismo– con ciertas formas de una religión racional – el protestantismo ascético–. Ahora se trata de delimitar mejor las características de ese racionalismo que se expresa en muchos más ámbitos que en la economía, y de encontrar las raíces históricas de ese racionalismo. Para ello, Weber emprende un gigantesco trabajo de comparación con otros tipos de racionalismo desarrollados en el Oriente Próximo y Lejano.

El triple proyecto

A lo largo de la segunda década del siglo, Weber trabaja fundamentalmente en una serie de obras –*Economía y sociedad*, *La ética económica de las religiones universales* y

la *Sociología de la música*- que giran en torno a un tema común. El propio Weber caracteriza inicialmente ese tema como sociología de la cultura. A medida que el estudio avanza y se precisa, aparece cada vez más como un estudio sobre el racionalismo occidental, desarrollado a partir de una metodología ya establecida en la década anterior, pero que ahora incluye como novedad decisiva una dimensión comparativa que recurre de modo sistemático al contraste entre Oriente y Occidente. Esas obras constituyen seguramente la parte más importante del legado weberiano, pero plantean difícilísimos problemas de interpretación. En torno a dichos problemas se han encendido polémicas que todavía hoy, más de tres cuartos de siglo después de la muerte del autor, no están en absoluto zanjadas, y probablemente en algunos aspectos seguirán siendo cuestiones abiertas a las que no sea posible dar solución definitiva.

Las dificultades derivan en parte de los problemas filológicos de una obra inacabada, en buena medida inédita a la muerte de su autor, y que en cierto grado no debía de estar destinada a la publicación en la forma en que se ha conservado. En todo caso, el legado weberiano no contenía instrucciones precisas sobre qué partes constituían simples borradores y cuáles estaban concebidas para ser publicadas con un grado mayor o menor de elaboración, en qué secuencia debían ordenarse, y sobre todo se carece casi completamente de las fechas en que fueron escritas (en este aspecto, se han señalado momentos muy diferentes que han hecho posibles interpretaciones opuestas del sentido de esas obras). Hoy en día no se dispone de elementos documentales o de testigos que permitan resolver cuestiones como éstas -en qué orden y cuándo fueron escritas, qué partes estaban destinadas a la publicación, qué grado de elaboración les esperaba todavía-. Dado el carácter y la extensión deseable de este prólogo no intentaré siquiera dar cuenta de todos los

argumentos que han surgido en este debate, sino que me limitaré a seguir la hipótesis de reconstrucción más convincentes, y que naturalmente han guiado también la selección de textos de esta edición. Se trata de los criterios propuestos por Wolfgang Schluchter[38], que parecen suscitar hoy en día cierto consenso sobre el complejo estatus de los textos que Weber elaboró en la última etapa de su vida. En lo que sigue me limito pues a seguir esa propuesta, con alguna referencia ocasional a otras hipótesis.

Entre 1910 y 1913, Weber trabaja simultáneamente en tres proyectos: una sociología del arte, cuyo primer eslabón es la sociología de la música, el estudio comparativo de la ética económica de las religiones universales y el estudio de las relaciones entre economía y órdenes sociales, que es la parte que le ha correspondido en el nuevo manual de economía política que proyecta el editor Siebeck. Todos ellos se encuadran dentro del análisis de las relaciones entre cultura e intereses materiales, es decir, forman parte de la sociología de la cultura, continuación de lo que en una escala y un ámbito reducido había tratado Weber en *La ética protestante*.

La *Sociología de la música* («Die rationalen und soziologischen Grundlagen der Musik»)[39] responde ya al denominado gran descubrimiento del año 1910: la idea de que el racionalismo occidental no sólo se manifiesta en la economía, sino también y de modo decisivo en otros ámbitos; de manera paradigmática, la música. A diferencia del resto de las músicas no occidentales, la música occidental se caracterizaba por un componente racional dominante. Ese componente se manifestaba ante todo en dos rasgos singulares de la música europea: el uso de la armonía como elemento estructural y la invención de una escritura musical. Con la *Sociología de la música*, Weber pretendía mostrar cómo también en el ámbito del arte, y en particular en el arte aparentemente más dominado por

elementos emocionales irracionales, podía seguirse el mismo proceso de racionalización observable en otros ámbitos. También aquí volvía a plantearse -ahora en términos musicales- la pregunta clave: «¿Por qué a partir de la polifonía, que es algo bastante extendido, sólo se había desarrollado el sistema tonal moderno en un determinado punto de la tierra... a diferencia de otras regiones con una cultura musical al menos de la misma intensidad?».

Este escrito de Weber es una de sus obras menos conocidas, en parte por lo difíciles que resultan al profano unos análisis muy técnicos en lo musical. En parte también porque no tiene nada que ver con la «Sociología de la música» al uso: la sociología de la vida musical en todas sus formas tiene aquí un papel puramente marginal. Por su concepto, esta obra de Weber está mucho más próxima a los trabajos de Adorno que a los de los sociólogos de la música más orientados a lo empírico. Sin embargo, las ideas matrices de la obra son muy familiares para todo lector de Weber, por ocupar una posición clave en la *Vorbemerkung*, uno de sus escritos más conocidos.

El segundo proyecto que ocupa a Weber en esos años es *La ética económica de las religiones universales*. A diferencia de lo ocurrido con la *Sociología de la música*, que quedó inédita, partes de este trabajo fueron publicadas por el propio Weber; incluso llegó a publicar varias versiones de algunas partes. Sin embargo, al igual que la *Sociología de la música*, el trabajo quedó finalmente truncado por la muerte de Weber aunque, a diferencia de aquella obra, se dispone de planes precisos sobre el conjunto del proyecto. Respecto a esos planes quedaron sin escribir partes importantes, y otras ya escritas debían haber sido reelaboradas cuando la muerte impuso un prematuro final al trabajo. De los cuatro volúmenes que lo integrarían, Weber sólo dejó uno completamente listo, y otro parcialmente[40].

El estudio abordaba el mismo tema que la *Sociología de la música*, pero aquí se consideraba un elemento central en el proceso de racionalización. En la *Sociología de la música*, Weber intentaba explorar un mundo a primera vista dominado por lo irracional y, por tanto, nada apto para confirmar sus tesis sobre la racionalidad occidental; eso hacía su análisis tanto más concluyente. No obstante, la música no representaba la contribución decisiva al proceso racionalizador; era más bien un síntoma de éste. En *La ética económica de las religiones universales* se consideraban sistemas de ideas y comportamientos que, a juicio de Weber, habían tenido un papel decisivo –tal como ya había analizado en *La ética protestante*– el desencantamiento del mundo y la racionalización consiguiente.

De los tres proyectos en los que trabaja Weber, el estudio sobre *Las religiones universales* es el que presenta una continuidad más perceptible con *La ética protestante*. De hecho, Weber incluirá este último trabajo en el primer volumen –el único que llegó a publicar personalmente– de *Ensayos sobre sociología de la religión*, junto a los primeros estudios de *La ética económica*. De esta forma, Weber pone de manifiesto la continuidad del trabajo: tanto los estudios de la década anterior (*La ética protestante*, *Las sectas protestantes*), como los de la segunda década del siglo (*La ética económica*) forman parte de un proyecto único, que además está presidido por un prólogo general (la *Vorbemerkung*) donde expone la tesis sobre la que gira el conjunto de los ensayos sobre sociología de la religión: la peculiaridad de la racionalidad occidental y sus raíces. La diferencia más evidente entre los antiguos y los nuevos trabajos es el papel esencial que desempeña en los últimos el elemento comparativo. Se trata de analizar la peculiaridad del modo de vida derivado del protestantismo ascético *comparándolo* con los modos de vida derivados de

las religiones universales (confucianismo, hinduismo, budismo, judaísmo, islam).

Por otro lado, en estos estudios, Weber ya no se limita a analizar una de las vertientes de los vínculos que unen ideas religiosas e intereses materiales -en *La ética protestante* había considerado solamente el papel causal de las primeras-, sino de estudiar ambas vertientes, y de relacionarlas al mismo tiempo con otros ámbitos: el estado, la ciudad, el derecho, la familia, etc. Otro cambio importante respecto a *La ética protestante* es la acentuación de la relevancia del judaísmo antiguo para explicar el origen de la racionalidad occidental. El protestantismo ascético sigue siendo para Weber un momento decisivo del proceso, pero en la comparación con las religiones asiáticas el punto de inflexión occidental retrocede muchos siglos. La profecía judía tiene ahora un papel trascendental en el esquema histórico weberiano, aún más decisivo si cabe que el de la ética protestante.

El tercer ámbito de trabajo es el conjunto de textos englobado en *Economía y sociedad*. Es el que presenta mayores dificultades interpretativas, en buena medida derivadas de los casi insolubles problemas filológicos que encierra. Por ello, conviene explicar estos problemas antes de entrar a analizar sus vínculos con los otros estudios. El origen es ligeramente anterior a las otras obras. En 1909 el editor de Tübinga Paul Siebeck (también editor del *Archiv für Sozialwissenschaft*) concibió la idea de un nuevo manual de economía política que sustituyera al clásico de Gustav von Schönberg, ya bastante anticuado (la primera edición databa de 1882). De acuerdo con la concepción alemana de la *Nationalökonomie*, se trataba de escribir una gran obra en varios volúmenes que abarcara los muy diversos campos de la disciplina. En su concepción, el manual se parecía más a lo que hoy sería una especie de enciclopedia de ciencias sociales vertebrada por la economía que a un manual de economía política en sentido

estricto. Siebeck encargó a Weber la dirección del trabajo. Debía fijar la estructura definitiva de la obra, elegir a los colaboradores y distribuir entre ellos los diversos apartados, además naturalmente de escribir personalmente algunos capítulos.

En 1909 queda fijada la estructura de la obra, que se titula entonces *Handbuch der politischen Ökonomie* (más tarde pasará a denominarse *Grundriß der Sozialökonomik*). La obra tendría cinco partes; en las dos primeras se abordarían las cuestiones generales, y en las tres últimas, las particulares. En la primera de las cinco partes, que lleva el título «Economía y ciencia de la economía», Weber se reserva la redacción de cinco apartados; tres de ellos forman un conjunto encabezado bajo el epígrafe «Economía y sociedad». Son:

- I. «Economía y derecho (1. Relación básica; 2. Épocas en el desarrollo del estado actual)»;
- II. «Economía y grupos sociales (Familia y comunidades, estamentos y clases, estado)», y
- III. «Economía y cultura (Crítica del materialismo histórico)».

Los otros dos apartados de la primera parte cuya redacción queda también reservada para el director de la obra son «Economía y raza» y «Objeto y naturaleza lógica de las cuestiones». En las otras cuatro partes, Weber se reserva también algún capítulo. En la segunda, el titulado «El estado moderno y el capitalismo», y en la quinta el titulado «Formas y alcance de los obstáculos, efectos reflejos y reacciones del desarrollo capitalista». El editor preveía una publicación escalonada del manual, de manera que irían apareciendo tomos cuando todavía otros no hubieran sido completamente elaborados (como de hecho iba a ocurrir; los volúmenes aparecidos se publicaron entre los años 1914 y 1930).

Antes de seguir con la enrevesada historia de esta obra, conviene subrayar algunos hechos. «Economía y sociedad»